

Es cierto que a esta tendencia del alma humana a la captación primaria de la forma, de la figura, ha ido oponiéndose el progreso de las ciencias físico-químicas, de raíz cartesiana—y acaso hoy todos propendemos involuntariamente a una visión analítica de los objetos, hasta desmenuzarlos casi en su elementos moleculares.

En cambio, como indica *Katz*, el animal, el hombre primitivo y, según es fácil demostrar, el niño orientan su conducta con arreglo a síntesis figurales muy amplias, con gran cotización del fondo o campo. Podríamos decir que en el proceso evolutivo desde lo figural al análisis técnico-científico hay un punto óptimo, el del hombre inteligente y normal, en el que las formas adquieren su dimensión y valor justos, sin ser vencidas ni por las síntesis irracionales, impregnadas de afectividad—el mundo del mito y de las formas desidentivas infantiles—ni por la descomposición deshumanizada del análisis que sigue las pautas de la mecánica y de la físico-química.

En cualquier caso comparada con el color, como estimulante de la afectividad, la aprehensión de las formas es siempre, en esbozo o en pleno desarrollo el elemento intelectual: proceso muy primitivo, unido al instinto en el animal, pleno de influencias afectivas en el salvaje y en el niño, pero siempre y en todo caso el esbozo de abordar intelectualmente, comprensivamente, la situación para utilizar en el futuro la experiencia adquirida. Un proceso que hallará su culminación—una vez más el espíritu contra la vida—en la técnica científica. En el punto justo el hombre normal con enfoque ingenuo de la vida, y a medio camino con amplias síntesis figurales, mitad de hombre primitivo, mitad de niño, originales, acaso geniales el artista. El reconocimiento de la forma como elemento primario no constituido por la adición minuciosa de elementos o detalles, sino como síntesis primigenias plenas de sentido, es de la mayor importancia para interpretar

